

Para vivir mañana

Hasta hace poco tiempo, el Perú era un país básicamente de jóvenes. Lo sigue siendo, pero ahora se encamina a su ansiada adultez. Luis Alberto Sánchez lo llamó «país adolescente». Si no logramos un reconocido despegue económico, tendremos a futuro una carga que mantener sin los recursos necesarios.

El destino de muchos de los jóvenes peruanos se encuentra fuera de nuestras fronteras. El bienestar no estaría aquí. La noción de progreso y de realización profesional se encontraría en Estados Unidos, en España, en Argentina o Chile. Exagerando, hasta podría estar en Bolivia. Sin embargo, algunos se quedan en el territorio, a pesar de que el centralismo limeño lo ahoga todo. Lo más importante ocurre en Lima. Por eso se hace necesario que zonas absurdamente pobres, como el departamento de Madre de Dios, sean polos de desarrollo. Un verdadero proceso de descentralización se hace urgente. El Perú no puede seguir dividido entre Lima y Provincias. Tampoco es comprensible que en las últimas elecciones regionales y distritales pierda el APRA y gane Alan García. Ese galimatías es exclusivamente peruano.

El arte y el deporte son dos de las actividades que practican los jóvenes con ansias de salir del país. El torneo local de fútbol se ha convertido en un obstáculo para su desarrollo y mientras más rápido migren, mejor. En la literatura ocurre lo mismo. La mayoría de los jóvenes narradores vive fuera: Daniel Alarcón, Santiago Roncagliolo, Diego Trelles, Miguel Ildelfonso. Es urgente estar cerca de las grandes casas editoriales y publicar para un mercado que no se reduzca al nuestro, pequeño y plagado de piratas.

Incluso el Internet se ha convertido en un juguete de la fantasía amorosa y muchas mujeres, de toda edad y condición social, buscan un amor en el extranjero. El mercado local anda monse. Y misio. La globalización ha puesto estándares rigurosos y las comparaciones están a la orden del día. La gente no es más hinchada de la «U» o del Alianza. Ahora lo es del Barcelona o del Inter.

Pero no todos los jóvenes migran desesperados. Todavía hay quienes pasan de los 12 a los 16 años, y mujeres que recuerdan ese cambio fundamental con añoranza y regocijo. El mañana siempre existe. Y es un lugar para habitar. (Foto de la página izquierda de Anamaría McCarthy)